

Solario

Dijeron que la buscara. Ella estaría por ahí sentada, seguramente esperando a alguien. Cuando me vio hizo un gesto, una especie de mueca con su boca ancha. Su cara despedía un frío. No eran sus ojos los que miraban, era su alma, su cuerpo o su desacierto. Comenzó a hablar. Empezaba palabras a la mitad o las cortaba faltando una sílaba. No era ella quien hablaba sino un animal feroz, una bestia atrapada. ¿Cómo ayudarla Melania? Sacarla de ese abismo infranqueable para que sus ojos vuelvan a rebosarse, a regarse mirando las tundras y los bosques coníferos, el viento cuando tiene color, las amapolas y los valles de ámbar. Fumaba al mismo tiempo que reía, subía y bajaba la cremallera de su blusón, cruzaba y descruzaba las piernas con una velocidad atropellante, miraba hacia todos lados y se acariciaba el mentón y la nuca con desesperación. A veces se quedaba quieta un momento. Pero sólo un momento. Empezaba de nuevo. Otra vez. Una vez más. Así, de nuevo tocándose, moviéndose, riéndose y diciendo miles de palabras por minuto. Melania, si supiera abrazarla con el calor de una música de guitarras o pudiera hacerla soñar con los trompos y las muñequitas de su infancia perforaríamos los túneles con las aletas ventrales de unos cirros de algodón y luego emergeríamos en un disco giratorio de gases y goma de mascar, entonces, si pasamos a otra vida y el humo nos amarra a unos caballos veloces y de crines rojas, cabalgaremos de espaldas a las ruinas de la gran ciudad. Pasó un día tras otro, una alborada siguió a la otra, un crepúsculo interfirió la tarde, cayó la noche y Melania aún llora. Dijo, - se me perdió el reloj, ¿qué hora es? qué bueno, ya casi es la hora de volver a comer. ¿Sabe? En la mañana calabazas, al mediodía berenjenas y lechugas, en la tarde zanahoria y perejil, por la noche auyama y coliflor. Reímos. Yo no vine a socorrerla, prefiero saber qué le pasa a usted. Por qué ahora un mechón de pelo cubre siempre su ojo derecho y con su mirar cortante pretende resolver los acertijos, abarcar al mundo de los duendes, a los juramentos del cuerpo. Yo sé que es imposible ser neutral, pero usted Melania es demasiado débil, tan diáfana que al mirarla nadie viviría en paz. ¿En qué borde de su cuello a punto de romperse cuelgan brillantes siempre vivas? Para salvarse no hace falta comer tanto, acuérdesse de los que comen ratas de alcantarilla y no se mueren infectados sino de pura dignidad. ¿Y cuando usted hablaba? ¿Qué decía? ¿Ya no lo recuerda acaso? ¿Qué pasó con los discursos? ¿para combatirlos los echó en una camisa de fuerza? Pero qué enigmática, qué inteligente y honesta ha terminado por ser... ser, su verbo preferido, conjugable en todos los tiempos, activo verbo e inenarrable experiencia verbal. Pero nada más, ¿cierto? Ya sé que le estoy calzando los zapatos sin ponerle las medias, pero es que yo soy más joven que usted Melania y todavía no creo en esas cosas. Yo no me quejo ni me consumo tanto, aunque por eso no soy más inocente que usted. Llore Melania, arránquese el pelo, dese golpes de pecho como su mamá para combatir la culpa, tómese otro calmante para complacer a los facultativos que creen que con ello podrá aliviar su ansiosa existencia. Seguirá igual de febril, de eso no hay duda Melania. Por qué mejor no se lava la cara, se cambia de ropa y deja de comerse las uñas. Yo sé que sus recuerdos son frescos, usted y su profunda memoria que todo lo recuerda, los mínimos detalles, el color de un vestido, las palabras solemnes de una importante ocasión, las trivialidades que se dicen en cualquier visita en casa de familia, las miradas tristes, los estertores de una risa eufórica, cada sonido, el rastrear de unos zapatos al subir la escalera, los olores. Su memoria con los olores es casi enfermiza, si usted no olvida el olor de las personas, el parecido entre los olores. Usted no olvida y eso es malo

Melania. Así la vida no se vive una vez, sino tres o cuatro veces o hasta cinco, o siete como dicen que vive las siete vidas el gato. Eso de que todo se parezca entre sí se vuelve pesado, ¿no le parece? Yo no voy a repetirle lo mismo que otros le dicen, que usted es obsesiva, recalcitrante. Eso la haría sentirse muy mal, es mejor irse olvidando poco a poco de las cosas, ir dejando atrás el pasado para gozar más, aquí, ahora, en este presente, que aunque se disuelve como el jabón entre las manos con agua, es cuando menos real, aunque también pase. Después de todo a usted le ha tocado creer en algo Melania, en que es usted. Porque la gente es insulsa, exageradamente proclive, porque a este país le hace falta un remezón o por lo menos una saturación caótica que estremezca las bases, que ya estamos hartos de tanta ignorancia, de tanta fatalidad, o para que pase la moda del hastío en necesaria una verdadera angustia, un silencio de muerte, de eso no cabe duda Melania, pero, ¿y qué? ¿Usted se va a volver más bella de lo que es? ¿o va a dejar de serlo si algo de ello no ocurre? No pierda el tiempo, deje que las uñas y el pelo le crezcan hasta su justo límite. Hay necesidades que amarran, fantasías que lastiman porque siempre terminan volviéndose en contra de uno, clavándose feo en la parte más sensible. Duele, lo sé. Pero eso no cambia nada. El dolor es una música lenta, una canción de cuna que adormece o un soporífero que envenena lerdo y paciente para luego embestir furioso. Sospecho que no me escucha, ¿será cierto Melania? me miró con su ojo cubierto por el mechón de pelo. Ahora creo que lo que dijo no fue una simple retahíla de palabras o una jerigonza intraducible, tan rápido sólo funciona el haz de un pensamiento. Su comunicación venía de bien abajo aunque quizá de arriba de sol porque la luz blanca que traslúcida llegó en aquel momento como un rayo se me posó en forma de aureola sobre la cabeza hasta el fin de su repentina articulación vocal. Algo así como una porcelana transparente y vítrea, sus palabras se cristalizaron en el espacio que nos separó. Hubiese querido no oír la Melania y hasta no conocerla. Está usted desgarrada, tan fragmentada que habla con sollozos, con la voz, herida por las lágrimas; dentro de su risa fúnebre se esconde la complicidad de un aullido. Sálgase, bótese, derrámese, hasta que ya no tenga sed, ahíta de beber en sus propias lágrimas, sus palabras furtivas son otras tantas nubes deslizándose hacia el pabellón de la muerte, y en el fragor inaccesible de su pérdida pueda matar; su último sacrificio: la víctima que es usted de sí misma. Fácil. Sobrevivir ante la constante de morir. Más fácil aún, vivir con la humillación debajo del brazo, con la temperatura normal de la insensibilidad. Así no Melania. Así no. Mejor de la otra manera. De la que cuesta. De la que nos cobran. En el tranvía que va hacia el holocausto usted se montó. La primera parada le deshizo el corazón. Ahora vuelve a subirse. Conduce. Pone en marcha la máquina. A toda velocidad. Hasta que los frenos revienten. No tiene miedo. Quiere ir más rápido. Todos se asustan. Gritan. El terror los asfixia. Verla a usted con la boca abierta. Sin miedo. Frente a una muralla poblada de enredaderas y escarpada por miles de gusanos blancos. Los eucaliptos donan su aroma a la noche y usted respira su olor. En las ventanas cada bandera es el silencioso llamado de un muerto. Usted sigue a toda velocidad. Le gritan que no siga. Que va a morir. Que va a reventar contra el muro. Pero usted ya ha explotado. Mil pedazos de usted como las miles de palabras que dice por minuto. Regados. Sus pedazos Melania. Usted, Melania, no quiere que me malinterprete o acuse. Otros son peores que yo. Se resisten a escucharla. La menosprecian. Le tienen pesar. En la travesía de los cuerpos, usted no puede marchar con ellos. Yo avizoro otros climas. No mejores o peores, simplemente otros; en que los labios congelados se deshíelen para besarla y los ojos semicerrados se abran pausados para mirarla a contraluz. Yo no vine a socorrerla Melania, es usted demasiado bella para que un rayo de sol la quemara.

Alejandra Sánchez. Escritora colombiana, residente en Suiza.